



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

Ateneo. La clínica psicoanalítica más allá de principio de placer

Horacio Rotemberg

Klein-Lacan Una dificultad

Les agradezco tanto a Oscar como a Omar la posibilidad de intervenir en este intercambio en particular porque la base de su propuesta es, fundamentalmente, teórico-clínica. Pienso que los escritos psicoanalíticos siempre pivotean sobre ambas dimensiones, explícita o implícitamente, ya que las herramientas conceptuales realizan su sentido cuando apuntalan la tarea de develar las formaciones del inconsciente propias de las subjetividades en análisis.

Las construcciones meta teóricas psicoanalíticas, cuando son fecundas, sintetizan la experiencia acumulada señalando rumbos comprensivos posibles ante las dificultades propias de una tarea que es, a la vez, singularmente imposible a la par que marcadamente fructífera.

A mi entender en el texto hoy presentado cada autor asume la representación de ciertas concepciones psicoanalíticas que, en forma complementaria, apuntan a delimitar “los obstáculos” que enfrenta el psicoanalista en su trabajo.

Oscar hace suyas ciertas delimitaciones conceptuales kleinianas del Instinto de Muerte. Desde esta base destaca la perturbadora acción deletérea que ejerce el Yo cuando, al estar insidiosamente alentado por una perspectiva envidiosa de origen instintivo, ataca sin piedad a sus objetos buscando destruir en ellos la bondad que representan. En el decurso del proceso analítico esta tendencia destructiva es causa de la denominada Reacción Terapéutica Negativa

Omar, desde un vértice lacaniano, describe ciertas vicisitudes transferenciales que capturan al sujeto en un lugar existencial que no le es propio. Para Omar ese potencial espacio subjetivo fue invadido y condicionado a representar contenidos de una infancia ajena, parental, que, en su intrusión priva al niño de su singularidad. Por esta causa el espacio psicoanalítico queda privado de una base transferencial que sostenga la búsqueda de un posible saber sobre sí mismo, hecho que interfiere con la conducción de la cura.

El escrito, en su introducción, afirma que estas dos perspectivas, potencialmente complementarias, delimitan clínicas que se estructuran más allá del principio del placer. Analicemos las implicancias de esta conclusión.

El instinto de muerte es introducido por Freud en 1920 en función del asombro que le produce advertir una modalidad hasta ese momento no del todo reconocida de la compulsión a la repetición. La repetición compulsiva no sólo busca reencontrar lo placentero. El displacer, el dolor, lo traumático no integrado también se repite compulsivamente.



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

El malestar en cualquiera de sus formas se evoca, se reactualiza estructuralmente.

¿Con qué finalidad?

En el “Más allá...” Freud reflexiona sobre el interrogante que se abre frente a una tendencia que opera en el psiquismo y que, para él, merece estar asociada con la muerte. Muerte como retorno a lo inorgánico. Muerte como pérdida de la complejidad adscripta a lo vital.

En su texto Freud señala indicadores de la incidencia de esta tendencia en la dinámica psíquica en los movimientos regresivos que atentan con los procesos de integración. No obstante, en estas reflexiones, Freud reafirma que el principio de placer-displacer participa plenamente en la reactivación del sufrimiento propio de las reactivaciones regresivas, por lo que está tentado, tentación a la que se resiste, de adscribir este principio al recién llegado Instinto de Muerte.

¿Recién llegado?

La inercia de una descarga a cero está presente en los inicios de la obra freudiana. La defensa primaria frente a lo disruptivo no siempre cumple su cometido. Esta tendencia desligante es la que reencuentra en el concepto de Instinto de Muerte una nueva vigencia.

En “El problema económico del masoquismo” Freud pule ciertas aristas de su nueva polaridad instintiva al enfatizar el rol de Eros.

Eros, término que se define en contraposición con Tánatos, es el nuevo concepto que integra, en su nueva síntesis teórica, lo expresado por Freud en su previa conceptualización sobre la pulsión. Recordemos: la pulsión era definida como una exigencia de trabajo para el aparato psíquico. Ante la demanda pulsional la estructura liga la energía libidinal dándole figurabilidad tanto afectiva como representacional. Esta capacidad de ligadura, en la nueva teorización de lo instintivo, se adscribe al Eros. No obstante tanto en “El Yo y el Ello” como en “Inhibición...” es el Yo instancia quien retoma esa función de integración y ligadura. En esta última obra Freud señala los distintos sentidos que la señal de angustia adquiere para el Yo. Es un Yo integrado, con capacidad para encontrarle sentido a los acontecimientos aquel que estará mejor preparado para sostener sus deseos y sobrevivir a los peligros, tanto reales como imaginarios, que deba enfrentar a lo largo de su existencia. Uno de esos peligros, encarnado en Tánatos, es la imposibilidad de ligadura, la desligadura, la descarga a cero, la muerte psíquica. Esta larvada tendencia siempre acucia al sujeto en tanto la pulsión, en su búsqueda de realización, la ignora, circulando por la estructura en los deseos que la habitan y haciendo carne en la identidad que adquiere el Yo.

En los textos en los que, después de su introducción en 1920, retoma sus reflexiones sobre la problemática instintiva Freud sugiere que el fragor de la vida, sus violencias y sus fracasos, es un derivado del Eros. Tánatos actúa silenciosa, insidiosamente. La agresividad, el sadismo, la paranoia son modos proyectivos que el Yo, encarnando al Eros, encuentra de



**ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
ATENEOS DE SECRETARIA CIENTIFICA**

preservar una inestable integridad subjetiva lograda a costa de la denegación del objeto. El goce sádico sostiene al sujeto en el sucesivo aniquilamiento de objetos intercambiables y sin valor humano alguno. El goce masoquista sostiene al sujeto en su recurrente e imprescindible exaltación de quien lo denigra en un vínculo que lo integra, a pesar de los pesares y a pesar de las ambivalencias.

La envidia, como expuse en un texto presentado en un ateneo anterior, es un complejo estado afectivo propio de un Yo capaz de categorizar al objeto, desdeñar sus valores y urdir complejas conductas para demostrar su supremacía sobre el mismo. En este caso el Yo, para revalidarse, goza con el ataque envidioso. El principio de placer-displacer, a mi entender, sigue vigente en cada una de estas clínicas.

En donde pienso puede categorizarse una clínica que bordea el más allá es en las denominadas clínicas del vacío. La polaridad intrusión vacío ha sido destacada entre otros por André Green. Son clínicas muy complejas, que a mi entender trascienden las estructuras y evidencian las inconsistencias siempre presentes en la consolidación del Yo. En ciertos contextos subjetivos, reproducibles en determinados tramos de un proceso analítico, el Yo se enfrenta a un potencial colapso de su subjetividad frente a una vivencia de una imposibilidad de ser. Estos sucesos bordean lo siniestro.

Me parece que el analizando de Omar se debate en ese terreno. Un terreno donde, para él, la interrupción de la cura, paradójicamente, puede estar condicionando su propia reafirmación, principio de placer mediante, ante la tensión percibida de un potencial colapso subjetivo. El más allá del placer es un paso que la vida, habitualmente, se resiste a dar.